

I concurso de dibujo y relato corto

mujeres
referentes



UNIDAD PARA LA IGUALDAD DE GÉNERO
CONSEJERÍA DE AGRICULTURA, AGUA Y DESARROLLO RURAL
MARZO DE 2022

Derechos de propiedad intelectual de los relatos y de los dibujos: sus autoras y autores

Derechos de reproducción, distribución y comunicación pública de las obras en cualquier soporte o formato para su difusión : Unidad para la Igualdad de Género

Dibujo de la portada cedido por
[@enmitaddelmedio](#)

Diseño y maquetación
Unidad de Igualdad de Género
igualdadgeneroag@jccm.es

En este documento se recogen todos los trabajos presentados al "*I Concurso de dibujo y relato corto*" que se convocó desde la Unidad para la Igualdad de Género de la Consejería de Agricultura, Agua y Desarrollo Rural con motivo del 8 de marzo de 2022 "Día internacional de las Mujeres".

Desde el equipo de la Unidad para la Igualdad de Género agradecemos el tiempo, la creatividad y el esfuerzo dedicado por cada una de las personas que se han presentado al concurso de relatos y su inmensa generosidad al regalarnos las historias contadas.

Agradecemos también a las niñas y niños que, a través de sus dibujos, han hecho un reconocimiento a madres, abuelas, tías, científicas, luchadoras por los derechos humanos, artistas, escritoras, pensadoras...todas ellas, las anónimas y las más conocidas, han quedado plasmadas en esos trazos.

Queremos expresar también nuestra gratitud a la fundamental colaboración de cada una de las personas de la Consejería, tanto de Servicios Centrales, como de Delegaciones Provinciales, que han facilitado la realización de este concurso, su difusión, la recogida de trabajos y el resto de tareas invisibles que han sido necesarias para que éste saliera adelante.

Sirva además este documento para mostrar la implicación y el compromiso de quienes forman parte de esta Consejería con los proyectos dirigidos a fomentar, de una manera u otra, la igualdad entre mujeres y hombres, asumiendo la responsabilidad y el gran potencial transformador que tiene la Administración Pública para construir una sociedad más justa e igualitaria.

Por último, agradecer a la Librería Taiga la cesión de los regalos para las categorías de dibujo del concurso.



RELATOS

1. ESTO ES UN TESTIMONIO REAL, MÍO. *M^a Esther Morcillo Jiménez*
2. VICTORIA. *Francisco Javier del Álamo Perulero*
3. UNA INSÓLITA HISTORIA DE AMOR. *Julián Caro Montero*
4. *Alberto Manuel Puente Rubio*
5. RELATO DE FICCIÓN INSPIRADO EN HECHOS REALES. CARTA A MILEVA. *José Alejandro Hernández Gómez*
6. REENCUENTROS. *Estela Herrero Ramón*
7. *M^a Raquel Rubio Cepeda*
8. LA LEONA DE CASTILLA. *Juan Carlos Martín Valiente*
9. *Dominga García Roncero*
10. EN UN PUEBLO CUALQUIERA. *Francisco Javier Fernández-Bermejo Gómez-Limón*

DIBUJOS INFANTIL

1. *Marcos Martínez González. 6 años*
2. *Estrella Valero Oliva. 11 años*
3. *Hugo Martín Fernández. 6 años*
4. *Alba Martín Fernández. 8 años*
5. *Sofía Puente Rubio. 8 años*
6. *Carmen Suárez Fernández. 8 años*
7. *Juan Suárez Fernández. 11 años*
8. *Blanca Garrido Martín. 8 años*
9. *Manuela Alonso Corroto. 4 años*
10. *Luisa Alonso Corroto. 9 años*
11. *Carmen Alonso Corroto. 7 años*
12. *Vega Romero Guerrero. 6 años*

DIBUJOS JUVENIL

1. *Jorge Pérez Herrero. 12 años*
2. *Cristian Céspedes Jiménez. 12 años*

categoria
relato corto

1

ESTO ES UN TESTIMONIO REAL, MÍO

M^a Esther Morcillo Jiménez

Y de repente mi vida cambió,

"La tenemos que bajar a la UCI, su organismo no responde a la medicación" me dijo el médico.

Dios mío, pensé ¿ya?, ¿Ya me tengo ir?, ¡Qué pronto!, ¿Y qué hay de todo lo que pensaba hacer? No puede ser.

Nunca había pensado con tanta intensidad como aquel día el no poder conocer a mis nietos. ¡Qué tontería!, mis hijas son jóvenes para ser madres, pero yo pensaba en mis futuros nietos. No los iba a conocer... y ya me tenía que ir de esta vida. Qué corta se me ha hecho. Se me ha pasado como un suspiro. ¿Y qué iba a ser de mi marido y de mis hijas? Como si realmente fuésemos imprescindibles.

¿Pues qué iba a pasar? Ya se apañarían. Es así, es la vida. Nadie se muere por nadie. Pero de esto no te das cuenta hasta más adelante.

La vida sigue.

Pero no era mi día para morir y mi cuerpo empezó a reaccionar a la medicación y sólo estuve tres días en la UCI apoyada por mujeres con una voluntad de trabajo, de esfuerzo, de sacrificio y de una empatía tal que son capaces de leer tus pensamientos y saber cómo te sientes. Y eso las permite experimentar las emociones como si fueran suyas, comprendernos y garantizarnos el apoyo y las actuaciones que en ese momento necesitamos. Me refiero a las enfermeras, médicas, personal de limpieza, celadoras... en definitiva, aquellas mujeres que sirven en un hospital. Cada una en su papel.

Con esto no quiero menospreciar a los hombres, por supuesto ellos también tienen su lugar, pero este relato es para ellas.

En esa situación te ves completamente sola, porque a consecuencia de la pandemia no se permitía que te pudiesen ir a visitar o estar acompañada de tus seres queridos en la habitación.

Los días y las noches son eternos.

Y un día viene una chica muy alegre para vestirme y lavarme y me dice: "Tu cara me suena", y no sé de qué.

Y yo, que no tenía aliento ni para respirar, no sabía, ni quería, ni me preocupaba, ni me centraba en lo que me estaba diciendo. Solo pensaba "no sé quién eres. Lo siento".

Pero al día siguiente también entró a hacer su tarea y me volvió a decir lo mismo, y yo, que se conoce que ese día estaba más espabilada, dije: "No sé hija, ¿Como no sea por mi trabajo!, que tengo atención al público en la Oficina Comarcal.

-¡Ah, ya sé quién eres!. Me respondió.

Y ese momento se echó a llorar de una forma tan convulsa que me asusté. Y dije para mí misma "Vaya tela, cómo tengo que estar, irreconocible, para que esta chica no me haya reconocido. Y cuanto aprecio me tiene para ponerse así de triste". Y me dijo:

¡Eres Esther, sabía que te conocía aunque no sabía de qué! ¡Cuánto siento verte así!. Te doy las gracias por todas las veces que me has ayudado en tu trabajo cada vez que iba a hacer las guías de ganado para mi hermano, siempre con una sonrisa, siempre intentando enseñarme para poder hacerlas a través de la aplicación de la Junta Comunidades Castilla-La Mancha, sin una queja y con una paciencia increíble.

Y yo la decía que lo hacía encantada con todo el mundo, que me encantaba poder ayudar pues para mí era muy gratificante que mucha gente que, por desgracia, ha tenido que aceptar un trabajo duro, por sus circunstancias, pueda realizar las tareas administrativas desde su casa sin tener que desplazarse. Y seguía llorando con espasmos y sin dejar de hacer su tarea.

Y yo trataba de reconocerla porque llevaba un equipo que la tapaba prácticamente la cara y el pelo y con mascarilla y gafas de protección. Para mí era imposible reconocerla así, pero su voz me sonaba y trataba de recordar. He de decir que en esos momentos el Coronavirus me había dejado con una neurona muy perjudicada.

Y de repente me vino a la memoria quién era y la dije:

¡Eres Eva! ¡Ay qué pena que me tengas que ver así!

Y al día siguiente vino a la habitación con un regalo, una colonia. No tienes por qué hacer esto, le dije yo.

Y ella insistía en que sí, que lo hacía encantada y que esperaba que me recuperase pronto.

Y el día que me marché a mi casa, ella estaba esperando en el pasillo para despedirme y decirme que se alegraba muchísimo de mi recuperación.

Quizás este pequeño relato no remueva a nadie, pero para mí fue una experiencia tan cruda, la de padecer el coronavirus con una neumonía bilateral, en la que no había esperanza para mí y encontrarme con una persona anónima que me hizo sentir querida e importante. Que me ayudó en todo lo que pudo y que me hizo más llevadera mi estancia allí.

Para mí esa chica fue un ángel de la guarda y desde aquí quiero agradecerla su dedicación y su cariño.

Gracias Eva Cano,

Y Gracias a todos los profesionales del Hospital Virgen del Prado de Talavera de la Reina porque gracias a ellos sigo viva y ese regalo no tiene precio



VICTORIA

Francisco Javier del Álamo Perulero

Catalina notó un pinchazo en la espalda, sus riñones protestaban, llevaba horas trabajando y agachada. Incorporándose, se echó mano al costado en un intento fútil de intentar aplacar su molestia. Con el pañuelo se limpió el sudor de la frente mientras miraba de soslayo a la niña, jugando distraída entre las espuelas que, llenas de uva, esperaban amontonadas en un lateral del tractor para ser descargadas.

Sonrió melancólica al verla corriendo, sonriente y despreocupada, feliz. Para ella siempre fue una lucha; un enfrentamiento continuo con todos aquellos "nunca lo lograrás tú sola" y los supuestamente más delicados "mujer, deberías dejar que alguien se ocupara de esas cosas y así podrías dedicarte por completo a tu hija, eso es lo mejor que deberías hacer". Ese alguien al que debía haber dejado organizar su vida, siempre era un hombre y Catalina nunca dejó que ningún hombre se ocupara de sus asuntos.

A los dos años de contraer matrimonio una enfermedad coronaria la dejó viuda, con solo veintitrés años y una niña de apenas tres meses tuvo que hacerse cargo de las tierras y negocios de su Antonio; el único hombre al que consintió, y fue por amor, encajarle en el dedo su anillo de compromiso. No hubo mujer en toda la comarca que no comentara, no con cierta envidia disfrazada de ironía, lo afortunada que había sido por haber "logrado" la atención de un hombre como aquel "con tierras y patrimonio; un buen partido". Por el contrario, Catalina nunca pensó que hubiera conseguido nada ni a nadie, es más, siempre tuvo muy claro que si alguien había "ganado" algo bueno en aquella suerte de "compromiso-vínculo amoroso" había sido él y precisamente porque ella se lo permitió. No obstante, también reconocía que, si bien nunca le impresionaron las posesiones materiales, su Antonio poseía otros alicientes mucho más valiosos, a su modo de ver, a los que no pudo, y para disfrute personal tampoco quiso, resistirse: aquellos ojos pardos que la enamoraron, sus brazos que la envolvían en pasión y calor, sus besos que la hacían estremecerse, convirtiéndola en la mujer más afortunada capaz de olvidar por un instante todo lo malo del mundo.

Fueron años duros aquellos, pensó. Nunca imaginó que la crueldad y la estupidez del género masculino, y la envidia y odio del femenino, llegaran a tales extremos; aquellos hombres que no dejaban a sus mujeres trabajar para ella y con ello no las permitían llevar a sus casas un jornal más, aquellas mujeres que la llamaban "esa loca", que no consentía dejar que alguien más competente se encargara de administrar aquel patrimonio que había heredado simplemente porque tuvo la suerte de quedarse viuda. Cada vez que oía a alguien referirse a la muerte de su Antonio como "la suerte" se le clavaba un puñal en el corazón y aquellas laceraciones eran todavía más dolorosas cuando el comentario lo hacía una mujer.

Tiempos complicados aquellos en los que sola recogió las cosechas, y se ocupó de las tierras. Días de incertidumbres cuando no sabía si podría terminar a tiempo la vendimia, si le comprarían la uva o a qué precio se la pagarían a ella, simplemente por ser mujer. Hubo momentos de rabia y de llanto, y de mucho miedo por no saber si podría darle a su pequeña una vida de verdad. Instantes de arrepentimiento, "¿Quizás tienen razón?, ¿Y si por cabezonería estoy condenando a mi pequeña a un futuro incierto?", pensó en más de una ocasión. A punto estuvo de rendirse, la dejaron sola.

Le vino a la memoria aquella tarde. Mediados de septiembre, anochecía, desesperada y sola caminaba sin rumbo por la calle, no encontraba a nadie que quisiera vendimiarse para ella, la uva se le pudriría irremediablemente, perdería la cosecha. Le habían ofrecido la opción de dejar que otros se encargaran de sus tierras, los mismos que, sin embargo, no permitían que nadie le ayudara en la vendimia. Aquello, su rabia contenida, le producía náuseas. Todo parecía perdido cuando de repente apareció; la joven madre soltera y aún más desesperada, que había oído que "la viuda" ofrecía trabajo a muy buen sueldo. Aquel año solo fueron tres las vendimiadoras, la madre de la desdichada también se unió a la cuadrilla. La uva se recogió a tiempo, se vendió a buen precio y Catalina, cual buen velero, desplegó velamen, aprovechó el viento en contra para avanzar y llegó a puerto.

Para el año siguiente, las indecisiones de aquellas mujeres se habían convertido en reivindicaciones y a las pocas decididas del principio se fueron uniendo muchas más atrevidas. En poco tiempo fueron más las valientes, que con firme determinación desoyeron los prejuicios, que las que siguieron aceptando, por miedo o desidia, tener la condición de "dependientes" que otros les imponían.

Y de ese modo se unieron, con total desconocimiento y sin pretensión, a una causa común. Sin reivindicaciones se hicieron fuertes, nunca supieron como ocurrió, se hicieron valer. Catalina se convirtió en su bandera, en su guía, en el ejemplo a seguir; la demostración palpable del poder de la razón, la igualdad y la libertad.

Volvió a mirar a su hija, sonrió satisfecha, nunca estuvo más convencida del acierto que tuvo cuando decidió ponerle el nombre de su suegra a la niña.

-Victoria, -le gritó- hija, ve a lavarte las manos, vamos a comer.

La pequeña miró un instante a su madre, sonrió y de inmediato marchó corriendo hacia la fuente. Un instante que para Catalina fue como si todo el universo se hubiera detenido para siempre.

UNA INSÓLITA HISTORIA DE AMOR

Julián Caro Montero

Esta es una insólita historia de amor entre dos maestras gallegas, Marcela Gracia y Elisa Sánchez. Estaban enamoradas, pero tuvieron que ocultar su apasionada relación sentimental ante los ojos del mundo. A principios del siglo XX, no solo estaba prohibido que dos mujeres contrajesen matrimonio, sino incluso que convivieran juntas como pareja. Algo inconcebible en aquellos tiempos ya que el hecho era pecado, pero también era delito.

Marcela y Elisa se conocieron en La Coruña el año 1885, cuando ambas eran estudiantes en la Escuela Normal de Maestras, donde se formaban las futuras profesoras de enseñanza primaria. La primera tenía dieciocho años y la segunda veintitrés. Su amistad pronto se hizo demasiado íntima para el estricto parecer del padre de Marcela, el capitán del ejército Manuel Gracia, y la joven fue enviada a terminar sus estudios en Madrid.

El destino, nunca mejor dicho, volvió a unir las pocas tiempo más tarde. Ambas amigas fueron enviadas a ejercer su magisterio a pueblos vecinos de Galicia: Elisa a Calo y Marcela a Dumbría. A los maestros se les pagaba muy mal, por lo que solía ser una profesión de mujeres solteras. Marcela se instaló en la casa escuela alrededor de 1889. Según cuentan, durante años, Elisa recorría a pie los doce largos kilómetros de monte que separaban las dos aldeas para poder estar con Marcela cada noche.

Hartas de vivir en la clandestinidad, tomaron una audaz y atrevida decisión, que iba en contra de las normas sociales de la época. Elisa viajó en diligencia a La Coruña para poder cambiar de identidad. Allí se hizo pasar por hombre: se cortó la melena, se vistió con traje y se dejó crecer un incipiente bigote. Cambió el recatado comportamiento propio de una señorita acostumbrada a llevar faldas y corsés por ademanes más viriles como fumar y portar un revólver al cinto. Después consiguió convencer al párroco Cortiella para que lo bautizase con el nombre de Mario José Sánchez Loriga.

Asimismo, le confesó que había dejado embarazada a Marcela y quería que el niño naciera decentemente. De esta manera, el joven Mario pudo casarse con Marcela. La boda se celebró en la iglesia de San Jorge, el sábado 8 de junio de 1901, a las siete y media de la mañana, según consta en el Archivo Histórico Diocesano de Santiago de Compostela. Hubo además dos testigos que hicieron de padrinos. La noche de bodas la pasaron en la pensión Corcubión, situada en la céntrica calle coruñesa de San Andrés.

Fue La Voz de Galicia quien primero alertó del engaño el 30 de junio de 1901 en un artículo titulado "Un matrimonio sin hombre". La boda no tardó en ser noticia en los diarios gallegos y luego en periódicos nacionales y extranjeros, suscitando en todas partes una enorme protesta por "ofender a Dios con el peor de los pecados". La prensa calificó el casamiento de "burla sacrílega" (El Suceso Ilustrado) y de "escándalo asquerosísimo" (El País).

Cuando volvieron a Dumbría, ambas mujeres se vieron sometidas al escarnio público, sufriendo burlas, insultos y humillaciones. Los mozos del lugar quisieron hacerles pagar su osadía y organizaron una cencerrada: "¡Que salga el marimacho!", gritaban. Es más, perdieron sus trabajos y fueron excomulgadas por la Iglesia Católica, además de ser perseguidas por la Justicia como si fueran criminales. La pareja de enamoradas tuvo que huir del país tras haber sido dictada una orden de busca y captura contra ellas.

En Oporto las localizaron y detuvieron, pero fueron puestas en libertad provisional, en espera de la extradición a España, momento que aprovecharon para embarcar con rumbo a Sudamérica, probablemente hacia Argentina.

A partir de ahí, todo es un misterio. Hay diferentes versiones sobre las vicisitudes que pasaron allende los mares. Se cree que Marcela dio a luz una niña en 1902, a la que llamaron María Enriqueta, sin que se sepa quién era el padre. En Buenos Aires trabajaron como criadas, pero el salario no daba para mantener a una familia. Elisa (con el nombre de María) se casó en 1903 con el danés Christian Jensen, un hombre mucho mayor que ella, con el fin de tener un hogar para las tres, al que trajo a Marcela (llamada ahora Carmen), como si fuese su hermana, y a su hija. Con el tiempo surgieron las sospechas en el esposo, quien trató de anular su matrimonio en los tribunales. Según parece no hubo cargos contra Elisa. En 1904, vuelve a perderse la pista de las dos amantes. Algunas fuentes indican que la prensa mexicana informó, en 1909, del suicidio de Elisa al precipitarse al mar en el puerto de Veracruz, sin decir nada de Marcela. Pero no se trata más que de rumores sin confirmar. Lo único cierto es que nadie sabe cómo terminaron sus vidas.

El matrimonio homosexual se legalizó por fin en España en el año 2005, más de un siglo después del acoso y persecución que sufrieron estas dos valientes mujeres, enfrentadas a toda la sociedad de su época para poder vivir con la persona que amaban.

4

Alberto Manuel Puente Rubio

Es irrefutable y una perogrullada el decir que estamos aquí gracias al esfuerzo de otros. No obstante, en este mundo de postverdades creo que es una de las más necesarias afirmaciones a contar una y otra vez. Sin desmerecer a nadie, el esfuerzo que ellas hicieron para que hoy podamos disfrutar de una vida mejor fue sencillamente increíble y no voy contar nada sobre Pe y su nominación al óscar o de Margarita y sus sabios consejos para no contagiarnos o de Isabel y sus ruedas de prensa como portavoz o de Almudena y su obra literaria o de Maria dirigiendo a miles de soldados en la batalla, no, ellas son referentes, sin duda, pero hoy, voy a escribir sobre otras mujeres referentes, la mayoría, las anónimas.

A las protagonistas de nuestro relato, ¿Cómo podríamos llamarlas? Sencillo, mujeres, con simples apellidos...madres, hijas, primas, sobrinas...pero siempre referentes.

Hace no mucho tiempo, no más allá de sesenta o setenta años, un día corriente de un mes de julio, en un pueblo corriente de los Montes de Toledo, en una casa corriente, podría estar cualquiera de nuestras protagonistas, que podrían ser mujer, madre y esposa, cuya rutina después de madrugar mucho antes de que el sol saliera, sería preparar la comida (merienda llamada en el pueblo) para los hombres de la casa que se fueran a ir al campo, limpiar la casa y dejar la comida preparada para los niños que no podían ir al campo, preparar su comida y preparar su hato.

Ya bien salido el sol, pero no tarde, recibir a una menor, no más de 12 años, en este caso sobrina, que viene acompañada de sus hermanas pequeñas de 8 y 4 años y que se va a quedar al cargo de los hijos de 9 y 5 años de nuestra mujer protagonista de esta historia. De nuevo una mujer (¿una mujer con 12 años? ¿no sería más propio llamarla niña?) al cargo de las responsabilidades más grandes de esta vida: cuidar a los más vulnerables . Todo el día por delante para cuidar a cuatro niñas y niños más pequeños, que no se desgraciaran en algún desafortunado accidente casero (brasas en el fuego de leña, juegos en un patio de la casa que no pasaría los filtros de cualquier servicio social por las herramientas del campo que en él había, tapiales a los que escalar, etc.)

La conversación entre mujeres antes de salir de la casa la mayor, bien podría haber sido ésta:

-hija, ten cuidado, no te despistes, sobre todo con tu hermana pequeña y con el chico mío, que están todo el día haciendo trastadas...acuérdate que os he dejado el cocido en la lumbre, míralo para que no se quede sin agua, que los críos no se salgan mucho al sol y ojo con la puerta, no se vayan a salir a la carretera...

-sí, tía, vete ya, que mi madre y Juani ya te estarán esperando en la era del tío Honorio...

Y nuestra mujer que parte de su casa va a encontrarse con su hermana y con Juani, una prima de ambas, de 18 años, que en estos días está muy contenta porque se casará pronto, en septiembre, y el negocio que tienen entre ellas le va a permitir complementar algunas cosas para la dote, que lo cierto es un poco escasa, porque su padre murió en la guerra y en casa de su madre van muy justos... (casi como en todas las casas de estos pequeños pueblos).

Después de un rato andando bajo un sol de justicia y sin más sombra que la del pañuelo y el sombrero que cubren su cabeza, cada una con un botijo lleno de agua en una mano, una talega con algo de pan, queso y tocino del cocido del día anterior como comida y con dos hoces en otra mano llegan al corte (ubicación física del negocio que tienen las tres).

¿Y en que consiste este negocio? Pues se han quedado con dos suertes (parcelas) de cebada, que desde el 15 del mes anterior y posiblemente hasta finales de este mes no terminen de segar, a mano. Este trabajo de mes y medio, que les reportará a nuestros ojos un salario de miseria, a ellas les vendrá muy bien como ayuda a lo que ingresan sus maridos, uno con las ovejas y unas pequeñas parcelas de cereal seco diseminadas que lleva a medias con su hermano, y el otro, que es piconero en invierno y segador en verano.

Después de dejar los botijos y las talegas bajo la sombra de alguna gavilla es hora de ponerse al tajo. La prima, la más joven, la primera, en su surco agachará el lomo y abrirá camino, las dos restantes más atrás y sobre todo la tercera un poco más rezagada, normal, está embarazada de casi ocho meses, pero aguanta como puede, sus lumbares no sabe si ya pertenecen a su cuerpo y las piernas las tiene tan hinchadas que han hecho desaparecer los tobillos que la aguantan en el suelo seco, duro y pedregoso.

No falta el humor y bromas que se hacen entre ellas y se canta, se canta mucho, porque la alegría, si de administra bien, afortunadamente no es de pobres ni de ricos.

Y así, levantándose de vez en cuando para mirar hacia la linde donde su prima no tardará mucho en llegar y otras veces mirando hacia las casas del pueblo, se secarán el sudor y volverán a agacharse bajo el sol abrasador y sin una leve brisa que dé una mínima sensación de frescor, llega la hora de comer.

Una poquita siesta reparadora y nuestras tres mujeres volverán al tajo hasta bien entrada la tarde.

Hora de volver. Hay que recoger el botijo, al que le queda un traguito caliente ya, pero por lo menos ahora no va lleno, la talega, las dos hoces con las piedras de afilarlas y vuelta por el mismo camino.

Cuando llegan a la entrada del pueblo, en el mismo sitio en el que quedaron esta mañana, se despiden hasta el día siguiente:

-acuérdate de decirle a mis muchachas que no tarden, que todavía tengo mucha faena en la casa y me tienen que ayudar, que yo no sé si no voy a parir esta noche...

Nuestras mujeres no se pueden quedar segando hasta tan tarde como los hombres segadores, ya que a ellas les aguardan un montón de niños sucios y hambrientos a los que hay que hacer la cena al llegar, asear, lavar la ropa de faena suya y de su marido, porque se pueden tener pocos recursos, pero no se puede esquivar la inquisición de las vecinas más mayores, familiares algunas, que revisan todo como si de inspectoras se trataran. No falta tiempo para recoger la mesa y limpiar los platos y cantar a los dos polluelos una canción de arrullo en la misma cama que comparten, antes de ir a terminar el resto de cosas de la casa y de atender al marido, bueno y muy trabajador, sí, pero hombre en los años cincuenta, él al campo y a las ovejas, ¿Qué más se le podría pedir?

Y así, igual que nuestra mujer, que nuestras tres mujeres, que todas las mujeres de este minúsculo pueblo, que todas las mujeres de todos los pueblos, se remangan cada día sin luz eléctrica, sin lavadoras, sin vitrocerámicas, sin...sin el reconocimiento de sus maridos, ni de sus padres, ni de sus hermanos, ni de la sociedad, ni de las instituciones ni de nadie....hacen lo que tienen que hacer y punto, es su papel, su rol y además calladitas, la que se queja o es una floja o es que no está bien de sus casillas.

Mujeres, madres, abuelas, hijas, sobrinas...,principalmente del medio rural, nunca podremos agradecerlas lo que hicieron por los hombres, padres, abuelos, hijos, sobrinos...para traernos hasta aquí y que estas palabras sirvan para recordarlas y como un modesto homenaje a su hercúlea tarea.

Gracias mujeres anónimas referentes.

RELATO DE FICCIÓN INSPIRADO EN HECHOS REALES

José Alejandro Hernández Gómez

Carta a Mileva.

Hospital de Princeton, 17 de abril de 1955.

Mi querida Mileva,

Sé que es demasiado tarde, medio siglo tarde, pero te ruego que me perdones, donde quiera que estés. Me queda poco en este mundo y no quiero irme sin pedirte perdón.

Les he dicho a los médicos que me atienden que no prolonguen artificialmente mi vida. Lo que no he dicho a nadie es que ahora, después de tantos años, la culpa me atormenta. Tampoco he revelado - lo haré mañana - el contenido de esta carta.

Han pasado siete años desde tu fallecimiento, más de veinte desde que me vine a los Estados Unidos y cuarenta desde que te abandoné definitivamente, dejándote sola al cuidado de nuestros hijos. Durante todo este tiempo no me delataste, no revelaste la verdad, fuiste más fiel conmigo de lo que nunca fui yo contigo. Imagino que la muerte supuso un alivio para ti, maltratada por tantos, traicionada por tu amado Albert .

Tu historia es parecida a la de tantas otras mujeres brillantes condenadas al ostracismo sólo por el hecho de serlo, silenciadas en un mundo en el que las mujeres no debían salir del hogar. Un mundo que, por desgracia, ha cambiado poco.

Contra viento y marea, gracias a tu perseverancia y a tu inmenso talento, conseguiste ser una de las poquísimas mujeres a las que permitieron cursar estudios universitarios en la Politécnica de Zúrich, una de las pocas universidades que admitían mujeres. Allí nos conocimos y nos enamoramos. Siempre estábamos juntos. Estudiando, leyendo, tocando música, debatiendo y trabajando . Siempre juntos, en cuerpo y mente.

No te dejaron doctorarte porque te quedaste embarazada de mí antes de que nos hubiéramos casado. Aquello fue un escándalo intolerable para tus profesores. Nos separamos. Tuviste que volver a tu Serbia natal a tener al primero de nuestros hijos, la pequeña Lieserl, a la que nunca llegaría a conocer. Pobre Lieserl, y qué doloroso tuvo que ser para ti desprenderte de ella.

Poco después, al fin pudimos casarnos. En Berna, donde yo me ganaba la vida como podía, continuamos nuestras investigaciones científicas, casi siempre de noche, robando horas al sueño. En 1905, tras varios años de estudio y trabajo conjunto, se publicaron nuestros tres artículos sobre el movimiento browniano, la interpretación cuántica del efecto fotoeléctrico y la teoría de la relatividad especial, que contiene la que probablemente sea la ecuación más famosa de la historia. Aquel fue nuestro *Annus mirabilis*, como luego sería conocido. Y no habría sido posible sin ti. Gracias a tu genio matemático, pudimos formular y plasmar nuestros hallazgos. Pero sólo mi firma aparecería en ellos. A ti no te importó, creías que tú y yo éramos la misma cosa, *ein stein*, como tú solías decir.

Ese año marcó un antes y un después en mi carrera como científico. Mientras tú me ayudabas en mi trabajo y te ocupabas de mí y de nuestros hijos, yo me doctoré gracias a esos artículos, que luego me abrirían de par en par las puertas de la Universidad. Primero Zúrich, luego Praga y, finalmente, la antes inasequible Berlín.

A medida que mi éxito aumentaba, mi afecto y mi respeto hacia ti disminuían. ¿Complejo de culpa quizá?. Tal como temías, mi fama me transformó para mal. Dejé de verte como mi amante, mi confidente, mi compañera inseparable de investigación y estudio, a verte como una molestia, si acaso como una simple criada a la que creía poder insultar y despreciar. Sabía que así te irías de mi lado. Eso fue lo que hiciste, tal como yo quería. Para entonces yo llevaba años amando a otra, aunque eso tú ya lo sabes.

En 1921 llegó la concesión del Nobel. No me lo otorgaron por mis investigaciones en solitario, que nunca volverían a brillar tanto como cuando trabajábamos juntos. Me lo dieron por nuestras teorías, por nuestros artículos de aquel lejano 1905. Para cuando me entregaron el premio, llevábamos años separados. Como es sabido, no quise mencionarte al recibirlo, ni compartir contigo los méritos ni los honores. Algo impensable si, en vez de mujer, hubieras sido un colega masculino.

Tan sólo accedí a entregarte el dinero del premio, y lo hice porque me vi forzado a ello en el acuerdo de divorcio. Tiempo después, mientras yo me iba a la otra punta del mundo con mi nueva familia a disfrutar las rentas de mi gloria, tú, sola y abandonada, tenías que emplear el dinero del premio en criar y cuidar a nuestros hijos, sobre todo al pobre Eduard, enfermo y recluido en hospitales la mayor parte de su vida.

Ya tengo que despedirme de ti, mi querida y fiel Mileva, donde quiera que estés. De nuevo te pido que me perdones, por el gran daño que te hice y por lo injusto que fui contigo. Te lo pido a ti y a todas las mujeres de ciencia silenciadas, ignoradas, arrumbadas en el desván de la historia. A todas las mujeres cuyo trabajo no fue valorado como merecía, cuyos méritos les fueron arrebatados, os pido perdón.

Albert.

Dedicado a la memoria de Mileva Maric (Titel,1875 - Zúrich,1948), matemática y física, colaboradora científica y primera esposa de Albert Einstein.

REENCUENTROS

Estela Herrero Ramón

Cuando se toman personas referentes en la vida, premeditadamente o sin darnos cuenta, seguimos sus pasos. En otras ocasiones, sin saberlo, nos ocurren cosas parecidas pues, al tomar decisiones influenciadas por ellas, nuestras vidas en algunos aspectos pueden considerarse paralelas. Y otras veces, como en el caso que voy a contar, esas vidas se cruzan.

Mi infancia la pasé en una pequeña localidad donde con facilidad conocías los detalles de la vida de una persona, también su pasado y el de su familia, pues teníamos mucho tiempo y hablar y escuchar a nuestros mayores era el entretenimiento más frecuente para una niña de mi edad, como resumía mi madre: "aquí nos conocemos todos".

De las innumerables mujeres referentes que he tenido en mi vida, Teresa, dos años mayor que yo, venía de otra ciudad junto a sus tres hermanos varones, debido al nuevo destino laboral de su padre. Me llamó la atención porque traía un aire fresco y moderno que no era común ver alrededor.

Era una niña risueña y habladora, la veía mucho por la calle y además coincidíamos en clases de guitarra.

Se percibía que estaba siendo educada en un entorno en el que gozaba de la misma libertad que sus hermanos, lo cual no era muy común pues en aquellos años a las niñas se nos exigían ciertos comportamientos y responsabilidades que no eran igual de rígidos para los niños.

Los años fueron pasando y, aunque ella estaba en otro colegio, nos veíamos por la calle y en algunos aspectos me seguía sintiendo identificada con ella, o al menos era para mí un ideal de vida que me hubiera gustado tener.

A mis 18 años cambié de ciudad para continuar mis estudios y al finalizarlos me fui a Madrid para prepararme oposiciones hasta que logré comenzar a trabajar en la Junta de Castilla-La Mancha. Tras recorrer distintas provincias y destinos conseguí una estabilidad y me asenté finalmente en el lugar donde resido desde hace muchos años. Casualmente Teresa estudió la misma carrera que yo, y en este punto no puedo decir que yo la tuviera de ejemplo, pues este dato lo supe años más tarde de finalizar yo la mía.

Una tarde de hace 3 años, al salir de trabajar me crucé por el camino con una mujer muy parecida a Teresa, sin embargo, no podía asegurar que fuera ella, los años le habían cambiado y su semblante era serio y parecía denotar preocupación.

Volví a cruzarme con esa misma mujer otras mañanas al ir yo a mi trabajo y ella al suyo, o muchas tardes al salir.

Ahora estaba segura: era Teresa, ella también me reconoció, y con mucha frecuencia nos veíamos pues nuestros trabajos estaban próximos.

Nuestras vidas han vuelto a cruzarse en otro lugar y en otro tiempo, esta vez porque el azar lo ha querido.

Sin embargo, las mujeres que nos sirven de referencia no sólo nos animan a continuar en nuestros propósitos, sino que muchas veces inconscientemente seguimos sus pasos y acabamos obteniendo lo que añorábamos.

M^a Raquel Rubio Cepeda

El sueño de su padre siempre fue la escuela, fue un sueño hecho realidad, él la dirigía y aunque era un lugar pobre, ella siempre iba contenta, la escuela era su mundo y su mundo era la escuela. Su padre siempre supo que su hija estaba destinada a algo grande y que sería una niña libre. Vivir cubierta bajo los velos a ella no le parecía justo.

Sus padres se criaron en una aldea de las montañas a la que iban siempre cuando se celebraban las fiestas de primavera y otoño. Gran parte de la población era muy pobre, pero su familia les recibía organizando una fiesta al final del ayuno del Ramadán.

Las mujeres de la aldea no sabían leer, y la mayoría de las niñas no iban a la escuela, no podían tener contacto ni hablar con hombres que no fueran parientes próximos y ocultaban su rostro cuando salían de casa. La mayoría de los padres no consideraban a las hijas miembros valiosos de sus familias porque, al ser entregadas en matrimonio muy jóvenes, se iban a vivir con la familia del marido. Cuando veía lo dura que era la vida de aquellas mujeres, se sentía confusa y triste.

La vida era aún peor para las mujeres en Afganistán, donde un grupo de talibanes se había apoderado del país, habían quemado los colegios de las niñas y las mujeres estaban obligadas a llevar un burka, las mujeres no podían reírse ni pintarse las uñas, se les metía en la cárcel o golpeaba si salían a la calle solas en vez de acompañadas por un varón de la familia. Se ponía enferma de sólo pensarlo y se alegraba de vivir en Pakistán, y poder tener derecho a ir al colegio. Transcurrido un tiempo se enteró que había talibanes también en Pakistán, que no tardarían en ensombrecer su alegre infancia.

Un día hubo un terremoto y un grupo religioso conservador dijo que el terremoto había sido una advertencia de Dios. Si no se corregían e instauraban la ley islámica, se les infligirían castigos más severos.

Una noche se presentó en casa un hombre acompañado de seis ancianos de la comunidad. Era un muftí, una autoridad en la ley islámica, dijo que debían cerrar la escuela. Al final pudieron continuar con la escuela abierta, siempre que las niñas entraran por una puerta y los niños por otra.

En octubre de 2007, Benazir Bhutto, la primera mujer primer ministro de Pakistán, después de haber vivido en el exilio, regresaba para participar en las elecciones de aquel año. Como mujer, era una modelo para las niñas. Era la única de los líderes políticos que había hablado contra los terroristas. Dos meses más tarde sufría un atentado muriendo en el acto. A partir de entonces los ataques fueron continuos. Nadie estaba a salvo.

En el colegio las niñas hicieron redacciones y discursos sobre lo que pensaban sobre la campaña talibán de destruir colegios de niñas y cuánto significaba el colegio para ellas. Fue al colegio un equipo de la televisión del país. Las niñas no pensaron que a nadie le interesase lo que un grupo de niñas pudiera decir sobre la paz. Cuando le tocó hablar a ella dijo que a las niñas se les estaba privando del derecho de ir a la escuela y de lo importante que era la escuela para seguir aprendiendo.

En la radio se escuchaba que después del 15 de enero de 2009, ninguna niña iría a la escuela. En clase hablaron sobre ello, los talibanes habían destruido cientos de escuelas y nadie había hecho nada. Los asesinatos continuaron y ahora se les prohibía a las niñas ir a la escuela. Ella empezó a escribir un diario sobre la vida de los talibanes, utilizando un nombre falso para que los talibanes no la reconocieran ya que un periodista de la BBC le dijo a su padre que alguien lo hiciera. A ella le preocupaba ser descubierta. Pronto se sumaron varios periodistas del New York Times a las noticias del cierre de escuelas de niñas.

La mañana del último día de colegio, se presentó en su casa un equipo de dos cámaras. Querían grabar la jornada de la niña del principio al final, su padre al final aceptó y empezaron a filmar. "Pedimos al mundo que salve nuestras escuelas, Pakistán y Swat". Una de las profesoras siguió dando clase y ella junto a otras niñas continuó yendo a la escuela arriesgando su propia vida. Volvió a hablar en los medios. Pero llegó el día en el que tuvieron que hacer las maletas para marcharse de su tierra y alojarse con unos familiares.

En octubre de 2011 ella había sido propuesta para el premio internacional de KidsRights, un grupo de defensa de la infancia que estaba en Ámsterdam. También recibió otro email para que diera una conferencia sobre la educación en Lahore. A los quince años ya había recibido varios premios. A partir de entonces empezó a recibir amenazas por parte de los talibanes, diciendo que debía morir.

Un día iba en autobús y de pronto se paró, subió un joven y le disparó tres tiros. Cuando despertó se encontró en un hospital, no se acordaba de lo que había ocurrido. Pidió un espejo y entonces vio su cara deforme. En las noticias se enteró que le habían disparado porque no paraba de hablar mal de los talibanes.

Esta es la historia de Malala Yousafzai, nació el 12 de julio de 1997 en Mingora, Jaiber Pastunjuá, Pakistán, y ha recibido varios premios entre ellos el Premio Nobel de la Paz, Premio Sájarov y el Premio Simone de Beauvoir, entre otros.

LA LEONA DE CASTILLA

Juan Carlos Martín Valiente

A María Pacheco, la heroína, la mujer, la madre, la esposa, para que no caiga en el olvido, como ha ocurrido hasta ahora...

María Pacheco era la esposa del líder toledano Juan de Padilla que, junto con los otros dos lugartenientes, el segoviano Juan Bravo y el salmantino Francisco Maldonado, acaudillaron la Revuelta de las Comunidades contra el nuevo rey extranjero que vino de Gante (Bélgica), Carlos 1, que eliminó a todos los consejeros castellanos por foráneos y que oprimió al pueblo a base de impuestos para mantener la defensa de sus posesiones en el centro de Europa.

La gota que desbordó el vaso fue el nombramiento como Arzobispo de Toledo, primado de España, del noble flamenco, amigo del soberano, Guillermo de Croy.

Esta narración se basa en los últimos momentos en que tiene que abandonar su ciudad, Toledo, en esa noche de San Blas de 1522 que ahora, precisamente, se ha cumplido su 500 aniversario, después de haber sido derrotada por las fuerzas realistas.

Era una noche oscura, hasta la luna estaba de luto, era novilunio, todo era tristeza en la Ciudad Imperial. Su máxima defensora, María Pacheco, tenía que abandonarla después de una lucha sin tregua de nueve meses contra fuerzas muy superiores a las que ella poseía. Es ayudada por su hermana María de Mendoza, Condesa de Monteagudo, apodada "La Santa", y por su cuñado Gutiérrez López de Padilla.

Sale disfrazada de labradora, montada en un pollino y con su fiel sirvienta de origen africano, pero convertida al cristianismo, Ana.

Ana, ¿estás segura de que ya ha recibido el vigilante de la Puerta del Cambrón la cantidad acordada?

Sí, señora, está todo preparado, me he ocupado de ello personalmente. Una vez hayamos atravesado los portones de la puerta, a unos cinco minutos de camino, nos espera vuestra hermana María y un pequeño grupo de fieles a vos, no demasiados, para no llamar mucho la atención.

Pues partamos ya. La demora puede costarme muy caro.

Así, se encontraron con su hermana, en el sitio acordado, y emprendieron la marcha hacia el exilio, que ya sabía ella, sería definitivo. De este modo, llegaron hasta el municipio de Escalona, donde residía su tío el Marqués de Villena. Pero a la llegada a la citada localidad, se llevó una desagradable sorpresa.

Lo siento, María, pero tengo miedo a las represalias de Carlos. No obstante, te daré alguna mula, dinero y comida, para que tu viaje sea lo más llevadero posible.

Gracias, tío, soy consciente de lo que te puedo acarrear. Nos marcharemos lo antes posible. Gracias, de todos modos.

Y así, de nuevo emprendieron la marcha, pero por suerte para ellos, su otro tío Alonso Téllez Girón, en la cercana localidad de La Puebla de Montalbán, les hospedó y les obsequió con toda clase de atenciones.

Allí, pasaron unos días, en donde repusieron fuerzas, sobre todo María, para emprender de nuevo su peregrinaje.

Fueron pasando por las localidades menos principales, poco a poco y sin llamar la atención para llegar a su destino.

En Portugal, en aquellos momentos reinaba Juan III, que en negociaciones anteriores la aseguró que haría caso omiso de las peticiones de expulsión que le solicitaran desde Castilla.

Por fin, atravesaron la frontera y, lentamente, atravesando las bellas villas de Castelo Branco, Coímbra y por fin, llegaron a Braga.

En esta población, les estaba esperando el arzobispo D. Diego de Sosa, que la recibió con mucho afecto.

Muchas gracias, me habían hablado de su bondad y humanidad, pero veo por las muestras de cariño que me ha dado, que se habían quedado cortas con la realidad.

María, aquí puedes estar tranquila, yo te mantendré, no con holgura, pero sí con dignidad porque, como muy bien sabes, un religioso no es un rico.

Con lo que os dignéis a dar, me será suficiente.

Además, hemos de anotar que nuestra heroína era una mujer muy erudita, recordemos que estudió lenguas clásicas además de historia, poesía, arte, etc., por lo que empezó a ejercer la docencia, en particular el latín, a otras nobles damas y así obtener una ayuda a su endeble economía.

Pero, de nuevo, el destino la dio otro golpe: no siendo poco el de la ejecución de su marido, ahora su hijo Pedro, nacido en 1516, fallece en Alhama a la corta edad de siete años. El dolor del marido fue muy grande, pero la pérdida de su único vástago como madre, la destrozó.

Esto hizo que su salud se resintiera, y además el clima de Braga, un clima húmedo, por lo que la aconsejaron los médicos que se trasladara a Oporto, donde el obispo D. Pedro da Costa la acomodó en una casa en el sitio más sano y bello por tener vistas al Duero.

Y así es como pasó el tiempo, hasta su fallecimiento, en marzo de 1531, con treinta cinco años de edad.

Fue enterrada en la catedral, en el altar de la Capilla de San Jerónimo.

Y para su desgracia, nunca pudo descansar al lado de su querido marido, Juan de Padilla, como era su voluntad.

Dominga García Roncero

Berta y Lara acaban de cumplir los dieciséis años, viven con Esperanza, su abuela materna y Claudia su madre.

Sus padres se divorciaron hace diez años y su padre no quiso saber de ellas, desapareció tras una discusión de pareja.

Claudia, su madre, era ama de casa. Se dedicaba única y exclusivamente a las labores del hogar. Juanjo, quien era su marido, no le parecía una buena idea que desatendiera a las niñas y a la casa familiar.

La abuela Esperanza, viuda desde hace muchos años, con solo una paga por viudedad, se hizo cargo de ellas por aquel entonces ya que Claudia estaba en paro y no recibía ningún ingreso.

Claudia se reinventó, empezó a cursar un ciclo de grado medio de personas con dependencia. Mientras la abuela Esperanza les ayudaba económicamente, les embargaron la casa y tuvieron que marcharse a vivir con ella.

Pasaron años donde no llegaban a fin de mes, la situación en casa era casi insostenible. Pero a veces la vida aprieta, pero no ahoga.

La suerte cayó del lado de Claudia, pues encontró trabajo en una gestoría, fue una alegría para ella pues necesitaba sentirse realizada. Ella les explicó su situación familiar y cubría el turno de tardes. Claudia estaba agotada, se levantaba para ponerles el desayuno, las llevaba al cole, volvía y recogía la casa, se marchaba hacer la compra, dejaba la comida hecha y se iba a trabajar.

Mientras la abuela Esperanza recogía a las niñas del cole, las ponía la comida y las llevaba a extraescolares. Había días que incluso las acostaba y Claudia aún no había vuelto de trabajar.

Berta y Lara tenían ya diez años y no entendían porque apenas veían a su madre en todo el día.

Una de las tantas noches que Esperanza estaba acostando a Berta y Lara, esta última comenzó a hacerle preguntas sobre por qué no veían tanto a su madre.

Ellas, como todas sus amigas, querían irse de compras, al cine, de paseo, a la piscina, pero recriminaban que su madre pasaba mucho tiempo fuera de casa, no podían nunca nada porque casi nunca se encontraba con ellas.

Esperanza lo único que les dijo fue: "vuestra madre es una mujer luchadora y valiente, ha sacado a su familia adelante cuando ni ella misma creía que podía, yo como madre la enseñé y ayudé todo lo que pude, ojalá algún día vosotras seáis como ella".

Hoy Berta y Lara han tenido una charla en el instituto del 8-M, les han preguntado qué mujeres famosas que hayan conseguido algo en la vida y se les haya reconocido han sido o serán sus referentes.

Ellas lo tenían muy claro: "Nosotras de mayor queremos ser como nuestra madre".

Como Claudia hay muchas mujeres, y cada día más madres, que luchan por sacar a sus familias adelante o incluso a ellas mismas. Por eso, debemos seguir luchando día tras día por la igualdad y los derechos que tantos años nos ha costado conseguir.

EN UN PUEBLO CUALQUIERA

Francisco Javier Fernández-Bermejo Gómez-Limón

La noche caía cuando Petra tomó la carretera que conducía a casa de la Tía Luisa, cuando de pronto una sombra apareció en el camino y momentos después despertó en el barranco, justo cuando los bomberos la rescataban.

Los días en el hospital fueron duros, la pérdida del feto que albergaba y la separación de Mario marcaron el devenir de los actos los próximos meses.

Una vez en la casa del pueblo de la Tía Luisa, y tras superar la tremenda depresión, Petra se hizo cargo de la explotación agraria heredada de sus padres, y que hasta entonces había regentado la Tía.

Las labores caseras, la atención que requería Luisa, junto con el reciente nombramiento como alcaldesa, ocupaban todo el tiempo del día y parte de los sueños. La situación cambió radicalmente cuando una mañana soleada del mes de abril, se presentó en el Ayuntamiento el Tío Genaro, al que había acudido un corredor de fincas para interesarse por "El Cañamar", donde había pasado toda su infancia.

Tras arduas indagaciones, resultó que el interés por "El Cañamar" albergaba tras de sí la instalación de una explotación ganadera superintensiva.

La reacción en el pueblo no se hizo esperar, al frente, ¿cómo no?, Petra, defendiendo reunión tras reunión el rechazo a la instalación pecuaria y la defensa del carácter afable del pueblo y la ruralidad de su gente, encontrando por respuesta una fuerte hostilidad por parte de los poderes fácticos foráneos que preconizaban el progreso de la comarca con la instalación ganadera y la prometida señalización y asfaltado de la carretera que daba acceso al pueblo y de tan mal recuerdo para Petra.

Semanas después, la grave enfermedad que apareció en la vida de Petra produjo otro vuelco inesperado; la suplencia en la alcaldía no se hizo esperar, y la estancia en el centro sanitario de la capital supuso un antes y un después. El trato recibido, junto con la toma de consciencia de la necesidad de un centro para gente discapacitada, con la que había convivido en el hospital y recibido tanto cariño, llevó a Petra a ilusionarse con la creación de una "Aldea" dentro del pueblo, donde personas con Síndrome de Down recibiesen todo lo necesario en su día a día.

Tras la recuperación de Petra y su regreso a la alcaldía, supuso un revulsivo al proyecto que se había cocinado en su mente y una oposición frontal a la actuación que estaba a punto de llevarse a cabo en "El Cañamar".

Las largas reuniones con la Diputación y las distintas Administraciones agotaban hasta la extenuación a Petra, pero inmediatamente se cargaba de energía positiva al visitar la Asociación "Down Rural", a la que había dado a luz junto con Rufina la panadera, y Pepi la mielera.

Tras fracasados intentos por conseguir financiación para la construcción de la "Aldea Down", una inesperada llamada levantó el ánimo de estas heroínas rurales; la multinacional "Green Food" había tenido conocimiento y se había comprometido íntegramente con la ejecución del proyecto.

Al cabo de unos años, y ya con "La Aldea" en pleno funcionamiento, Petra, que había dejado la alcaldía, recibió la visita de Gustavo, responsable de la hipergranja superintensiva que estuvo prevista en el pueblo. El hombre derrotado, poco menos que suplicó a Petra una plaza en "La Aldea Down" para su hijo que había sufrido un accidente cerebral, como consecuencia de la adicción a ciertas sustancias tóxicas .

La respuesta no se hizo esperar por parte de Petra, Rufina y Pepi, que actuaron de mediadoras para la admisión del chaval en "La Aldea".

Gustavo, sin la arrogancia que le caracterizó en años precedentes, abandonó la dirección de la empresa promotora de las instalaciones ganaderas superintensivas, y cambió radicalmente de forma de vida al ver la hospitalidad con la que se le había tratado, pese a la agresividad mostrada en épocas anteriores .

"La Aldea" continúa creciendo en servicios día a día, en ese pueblo...cuyo nombre no importa, pero sí el testimonio de esas grandes mujeres que seguirá siendo un ejemplo para generaciones venideras.

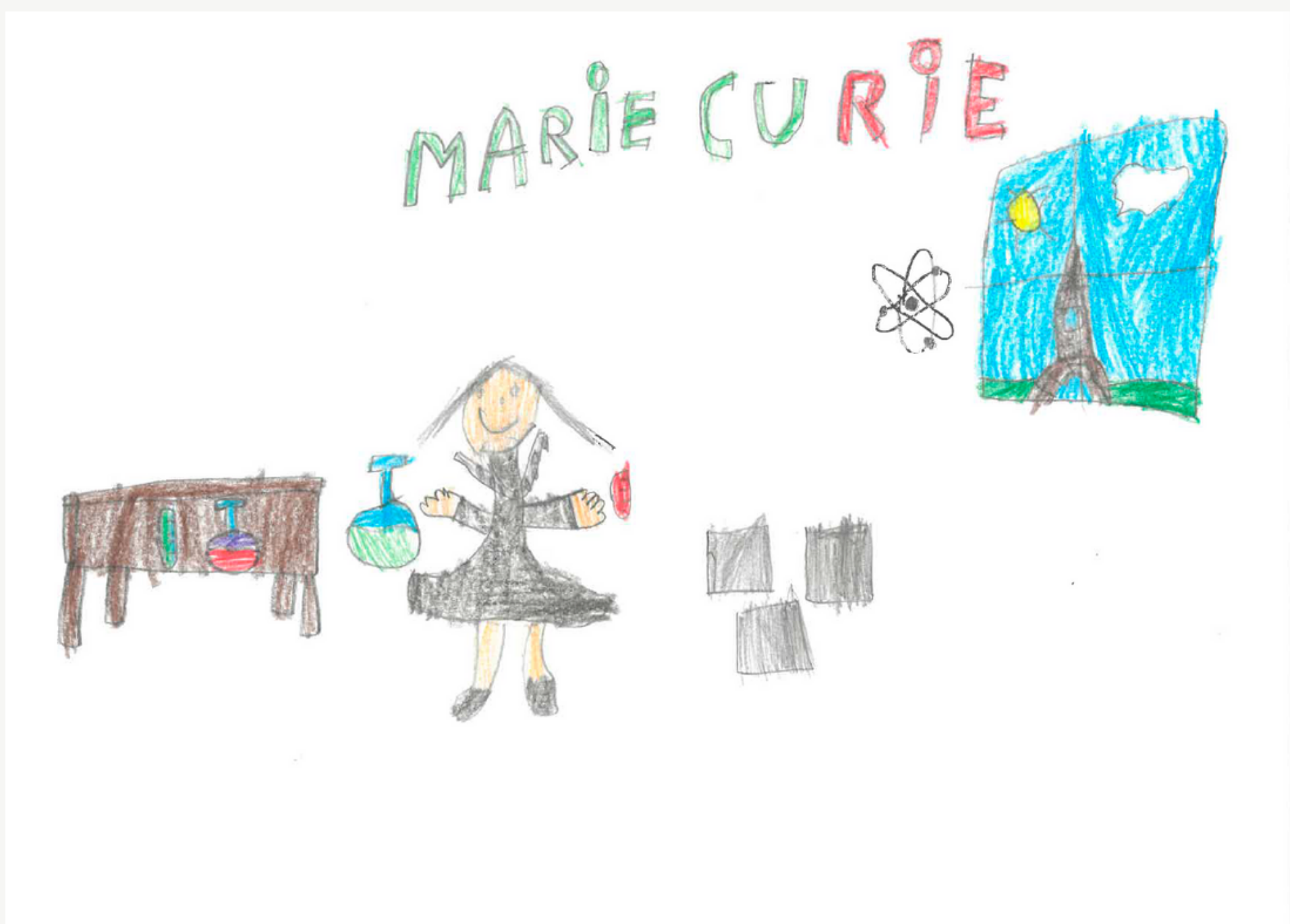
Dedicado a todas esas mujeres anónimas, sin las que hoy no seríamos lo que somos.

Gracias a todas

categoria
dibujo infantil

Marcos Martínez González

6 años



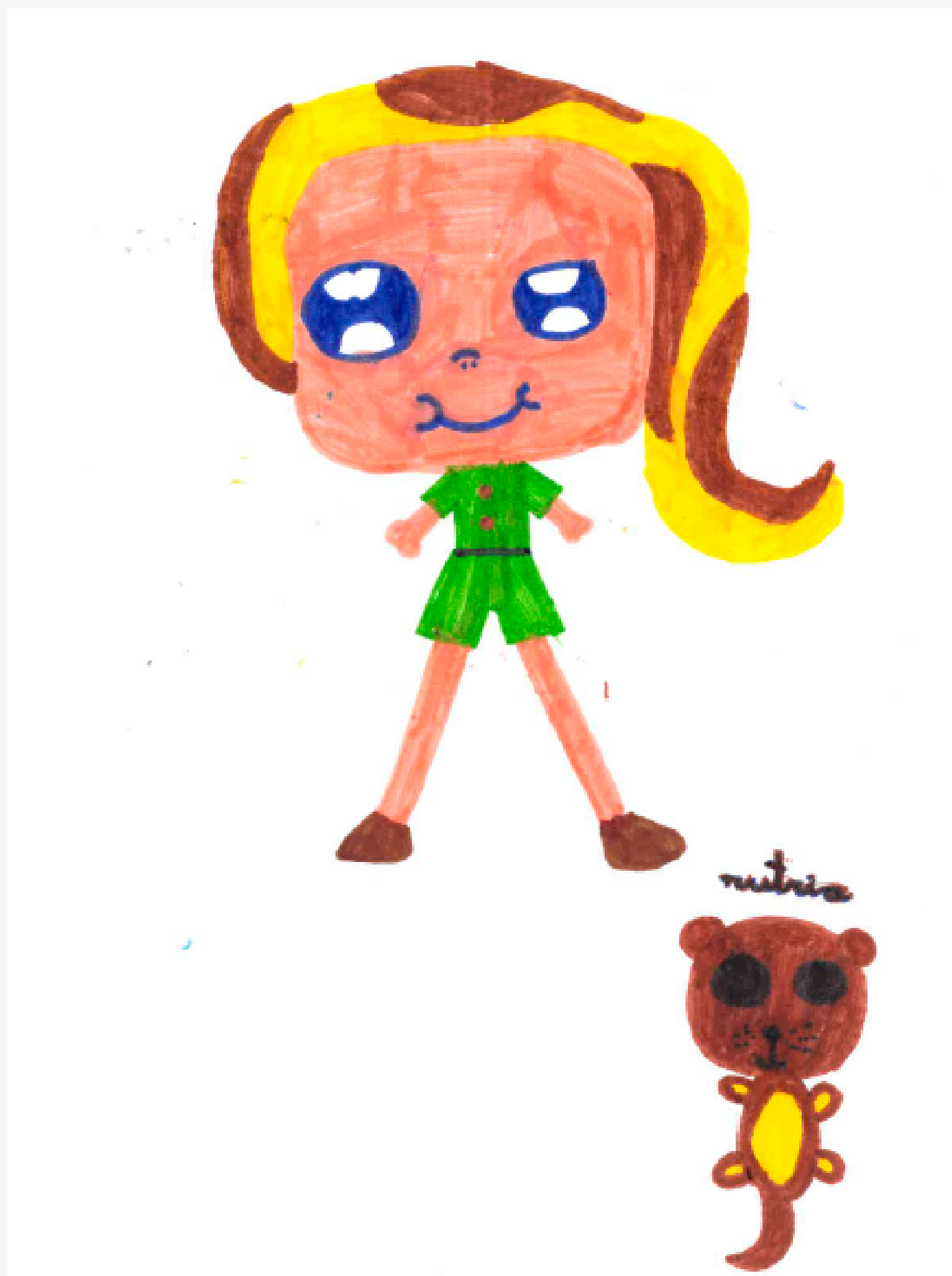
Estrella Valero Oliva

11 años



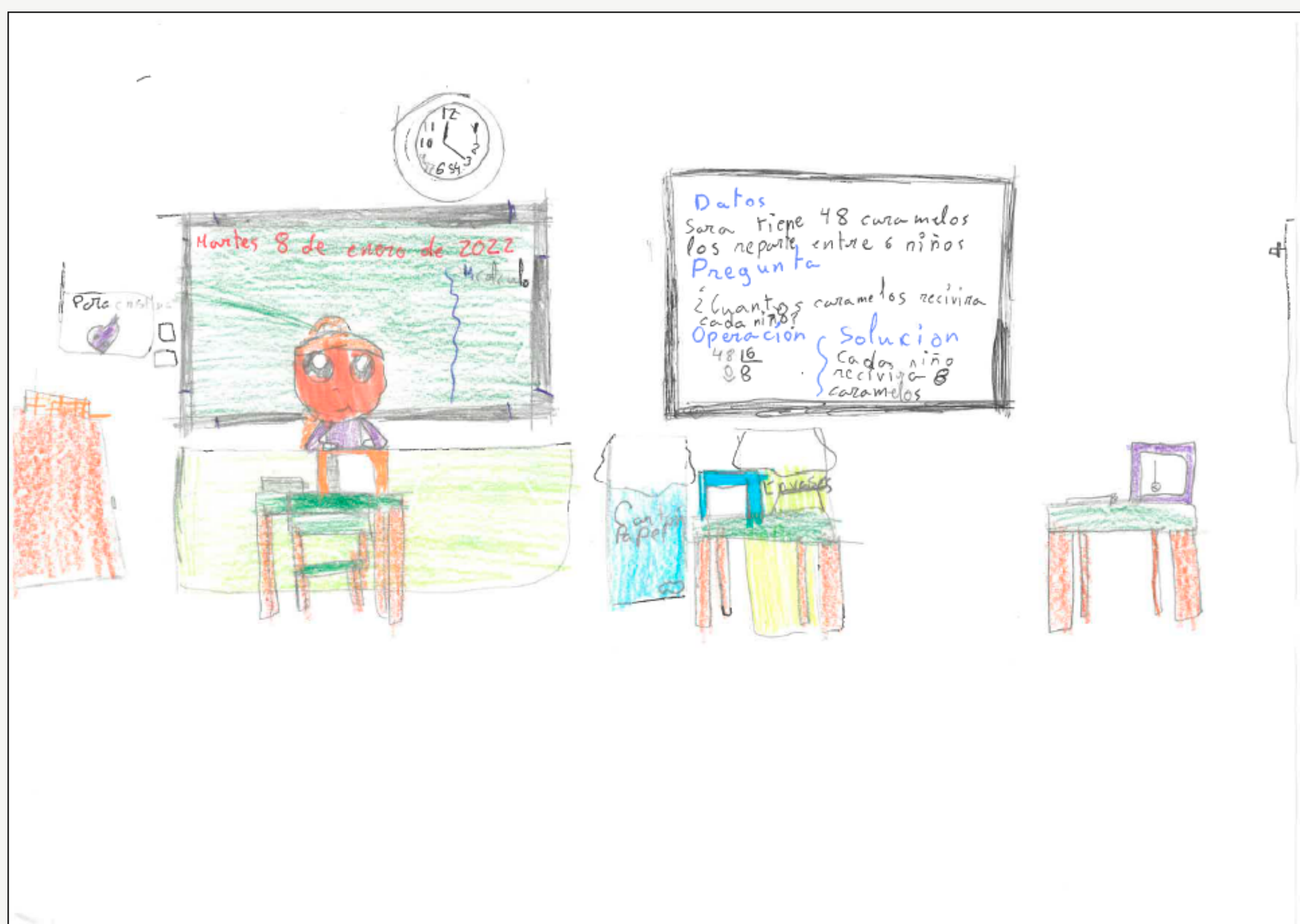
Hugo Martín Fernández

6 años



Alba Martín Fernández

8 años



Sofia Puente Rubio

8 años

MARCELA del CARPIO.
Eve monja trinitaria dramaturga y poeta.



Carmen Suárez Fernández

8 años



Juan Suárez Fernández

11 años



Blanca Garrido Martín

8 años



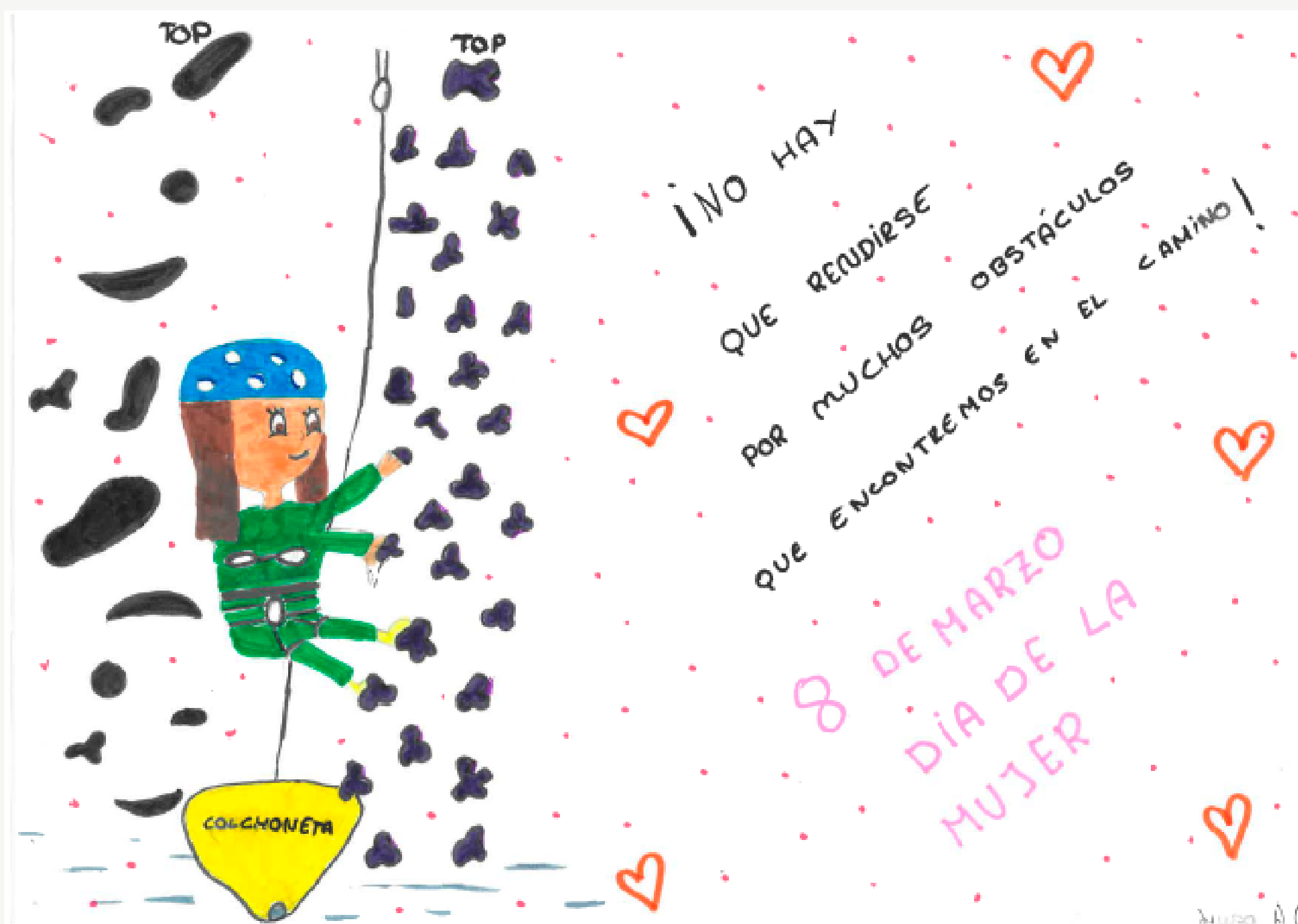
Manuela Alonso Corroto

4 años



Luisa Alonso Corroto

9 años



Carmen Alonso Corroto

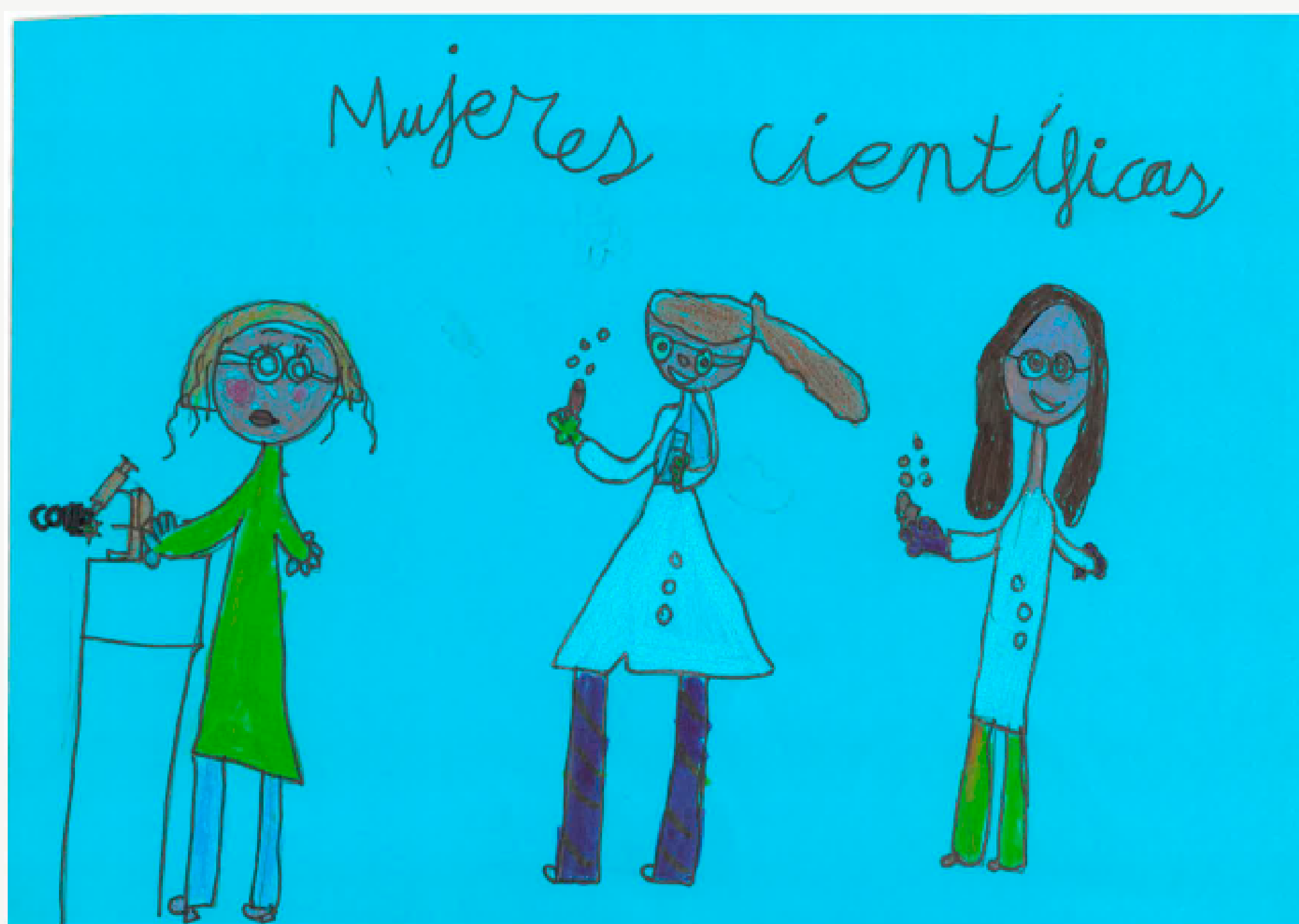
7 años





Vega Romero Guerrero

6 años



categoria
dibujo juvenil

Jorge Pérez Herrero

12 años





Cristian Céspedes Jiménez

12 años



**Para que las mujeres formen parte de la historia
sus historias deben ser contadas**

**Con esta publicación queremos visibilizar las vidas de mujeres cuya contribución social es
fundamental
para un desarrollo justo, igualitario y sostenible de nuestras sociedades**

